

mi, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é imitando las expresiones de Asmodeo, que áun suenan en mis oídos: *El mundo todo es máscaras: todo el año es Carnaval.*

LA POLÉMICA LITERARIA.

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres, que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si lo hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal

cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus qué entrañas! ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates!» ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal, de las calidades de todos. ¡«¿Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano!» ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. Y no se desgañite para decirle al público: «Señores: que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme.» ¡Tiempo perdido!— Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.— Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.— ¡Ni por esas! —Púsole la peluca, dicen, para desorientar; pero es él.— Que no sé parece á don Cosme en nada.— No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «ese soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los críticos que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos

modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados si no creemos que ántes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fe que esperanza, á Santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparára alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pediale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pediale de paso un buen original frances de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que, por consiguiente, no comprometen al que las escribe..... Pero estoy para mí que no debia de hacer más caso de

mis oraciones la Santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete, con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invítéle á que se sentára, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me pezezo por los diálogos.

— Qué ha de ser, señor Figaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando zás, ya me han contestado.

— ¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestación.

— Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

— Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco más ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré á usted, de nada: el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque, como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir.....

— Si..... pues eso es muy fácil..... ¿pero trata de.....?

— De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot,

por lo ménos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario.....

— ¡Ay, amigo, le interrumpí, y que poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

— ¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡ Hombre, usted está en el eristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones y probar.....

— No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

— ¿Tendrá seis piés?

— Más, mas: hágale usted más favor..... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

— ¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

— ¡ Hombre!

— Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

— Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

— ¡Bravo! Añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia.....

— Pero, señor, harémos reir al público.....

— No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué más tiene el adversario? ¿ Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza; debe á álguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?.....

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien, á él: la opinion: la verruga: duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entónces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

— ¿Pero adónde vamos á parar?.....

— A la tetilla izquierda, señor: usted

no se desanime: ¿le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contárselo.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal; y usted es más: este es el modo.

—Pero, señor Figaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

—¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luégo que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente: que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la veruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mu-

cho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Figaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público.... y á mí me da vergüenza....

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?..... y..... ¡voto va! Díjéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mio, las más son cuestiones de personas.—Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de

mi puerta.—Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: « Ahí va el cliente de Figaro: ese es el del artículo »,—no lo creo, responda usted: el cliente de Figaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original con ninguno.

¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Hémos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.— Por otra parte, no son las costumbres el último ni el ménos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos días que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligación de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nues-

tros sentidos. Mi amigo no pudo ménos de abrirme el camino que el hábito tenía cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer várias visitas: ¡ un carruaje! dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta córte, sobre todo de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sóbrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con várias capas de polvo de todos los días y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aún yo tuve para mí que lo debian de sacar en los días de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entónces, no se podía dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviria dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podía ménos de dudar cada vez que trope-

zaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierta ruidosa desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro, como si dentro llevara medio Rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonia que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él, y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; mas ¿cuál fué mi admiracion, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? Y ¿qué dirán ustedes que era? Que el birlocho ve-

nia sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

Esto no es conmigo, exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: expúsele el caso, y pedile mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí. — ¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho, y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjeccion expresiva y una bocadana de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar. — Véale usted despacio, le contesté sin embargo. — Pues no hay otro, siguió diciendo; y volviéndome la espalda: ¡Á París por gangas! añadió. — Diga usted, señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir, ó para mandar al públi-

co? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él. — Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país. — Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ¡ahí, en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno! — Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra, y llegaron á oir cuatro ó seis vecinos y ca-torce ó quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondia en desvergonzado, y fumaba y escupia por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia, y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, sólo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se habia reunido.

¿Entre qué gentes estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¡Qué modos tan raros se usan en este país! — Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la incul-pacion, y seguimos nuestro camino. El dia

habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal; acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policia. — ¡Aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura. La puerta estaba abierta, y naturalmente nos entráramos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos: — ¡Eh! ¡ Hombre! ¡ adónde va usted! Fuera. — Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno. — Vamos dentro: ¿que hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato para darnos á entender que ya podíamos entrar. Entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicacion mia para que nos despachasen, en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios: — Tenga usted paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á usted. — A ver, añadió dentro de un rato: venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró. — ¿Y usted quién es? — Un amigo del señor. — ¿Y el señor? algun frances de

estos que vienen á sacarnos los cuartos. — Tenga usted la bondad de prescindir de insultos y ver si está ese papel en regla. — Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veia dispuesto á hacer un disparate. — Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia. — ¿Y qué nos han de hacer? — Mucho y malo. — Será injusto. — ¡ Buena cuenta! Logré por fin contenerle. — Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana. — ¿Volver? — Vuelva usted y calle usted. — Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevia á mirar á la cara á mi amigo. — ¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algun príncipe? — Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nacion; como está empleado se cree dispensado de tener crianza.

— Aquí tiene todo el mundo esos modales segun voy viendo. — ¡Oh! no; es casualidad. *C'est drôle*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo queria hacerse un pantalon y me llevé á casa de mi sastre. Esta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta, me suele dar dos palma-

ditas ó tres, más bien más que ménos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi frances nos miraba á los dos alternativamente; mi sastre se reía, yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en darnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. — Era por la mañana; la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes. — ¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres! — ¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo que el día habia empezado bien? — Pues traiga V. dos vasos pequeños de limon... — Vaya ¡hombre! ánimese V.; tómelos V. grandes, nos dijo entónces el mozo con singular franqueza, si tiene V. cara de sed. — Y V. tiene cara de morir de un sille-tazo, repuse yo ya incomodado; sirva us-

ted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce y que están muy léjos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de más allá y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion. *¡C'est drôle!* repetia el frances. — ¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demas casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapítule el lector cuántos de éstos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya V. á comer á una fonda, y cuente V. con el mozo que ha de servirle como pudiera V. contar con un comensal. Él le bordará á V. la comida con chanzas groseras; él le hará á V. preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya V. á una tienda á pedir algo. — ¿Tiene V. tal cosa? — No señor;

aquí no hay. —¿Y sabe V. dónde la encontraría?—¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.—¿Se puede ver al señor de tal? dice V. en una oficina.—Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan no: ¿ha entrado V.? Como si hubiera entrado un perro.—¿Va V. á ver un establecimiento público?—Vea V. qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería.—Sea V. grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene V. criados? Haga V. cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de V.; hablan cuando habla V., y hablan ellos. ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi frances habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías: así que, al concluirse el día, amigo, me dijo, yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América,

ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; éste es el país adonde yo me vendría á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto á recibir...

—Alto ahí, señor observador de un día, dije á mi extranjero interrumpiéndole: adivino la idea de V., las observaciones que ha hecho V. hoy son ciertas: la observación general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podían explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país menos dispuesto á lo que V. cree, por más que le parezcan á V. todos unos. No confunda V. la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son, no obstante, diferentes; esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...—¡Oh! sí, sí entiendo.—*C'est drôle! ¡C'est drôle!* repetía mi frances.

— Ahí verá V., repetía yo, entre qué gentes estamos.